

Termina Alejandro García su introducción con una reflexión sobre la importancia de este discurso en un popular género literario contemporáneo, la novela histórica, dentro del cual han aparecido en las últimas décadas numerosos títulos que, teniendo como fondo más o menos concreto el proceso contra Celio y su turbulenta relación con Clodia, han tratado de reconstruir en sus narraciones las circunstancias sociales y políticas de la Roma del siglo I a.C.

El discurso en defensa de Celio es presentado en esta edición en formato bilingüe, dedicando las páginas pares al texto latino y las impares a su traducción en lengua castellana. Este tipo de edición permite una lectura sencilla para aquel que busca familiarizarse con la lengua latina de Cicerón, al poder seguirse con facilidad el texto en ambas lenguas, pudiendo recurrirse a una u otra dependiendo de los intereses del lector. Las ventajas de este tipo de formato sobre las ediciones que presentan únicamente el texto en traducción son considerables, pues permite conservar el texto original, y con él la esencia literaria de la obra, al tiempo que, con la traducción, se ofrece una guía que permite al lector esclarecer pasajes oscuros o complejos.

Debemos señalar como un gran acierto de la presente edición el magnífico aparato de notas que acompaña al texto. Si, como ya hemos señalado, las introducciones a las traducciones de textos clásicos no siempre reciben la atención que deberían merecer, algo semejante ocurre con las notas a pie de página. De este modo, muchas traducciones españolas que estilística y gramaticalmente resultan impecables, presentan un aparato de notas confuso, superfluo y, en no pocas ocasiones, erróneo. Alejandro García, por el contrario, elabora en su edición unas excelentes notas en las que recoge datos de tipo tanto lingüístico como histórico, que ayudan a la comprensión de los diversos pasajes, completando la traducción.

La obra se completa con un comentario en el que se insiste en aspectos ya señalados en la introducción, así como en aquellos datos que, a lo largo del texto, habían quedado relegados al aparato de notas.

La edición comentada y traducida por Alejandro García González del *Pro Caelio* de Cicerón resulta, por tanto, un gran acierto, tanto por su interés para aquel que quiera conocer las circunstancias sociales y políticas de los últimos tiempos de la República romana, como por la adecuada forma didáctica en la que está presentada, idónea para el que busque una mayor profundización en la lengua latina y el estilo del Arpinate.

Luis Manuel LÓPEZ ROMÁN  
Universidad Complutense de Madrid

Antonio LÓPEZ FONSECA (trad.), *Cicerón. Tusculanas*, Introducción, traducción y notas, Madrid, Alianza Editorial, 2010, 420 pp.

De nuevo se pone de manifiesto la enorme capacidad de trabajo del prof. López Fonseca, que presenta esta traducción justo el mismo año en que ha publicado la del *Rudens* de Plauto (Ediciones Clásicas). De Plauto a Cicerón pasando por Terencio (re-

cordemos su traducción del *Eunuco*, *Formión* y *la Suegra*, también en Alianza [2005]), este estudioso se desenvuelve a la perfección en el conjunto de la Literatura Latina. Si su dedicación y pasión por el teatro ya las conocíamos, ahora atiende al «autor más discutido, elogiado y denostado de la latinidad (p.9).» Muy pronto nos damos cuenta de que no ofrecerá los datos de siempre, servidos de la manera acostumbrada: prudente y certero, aborda el que etiqueta como «problema ciceroniano», derivado de la hipera-bundancia de juicios enfrentados sobre su persona y obra, entre la pura invectiva y la loa desmedida. Aquí, en cambio, se opta por la objetividad y, digámoslo así, por la asepsia propia del historiador moderno, como se comprueba desde el primer capítulo, que perfila estupendamente la figura de Cicerón y recuerda las trabas que encontró para formar parte de una elite que nunca lo aceptó del todo. Esa biografía queda, así, definida por su ascenso al consulado en el 63 a.C. y su posterior caída en desgracia, con el exilio (58-57 a.C.) y todo tipo de problemas de orden personal y político. En tales circunstancias, favorables o adversas, Cicerón se reveló como lo que era: un intelectual activo y emprendedor. En una acertada decisión, López Fonseca rehúsa volver sobre aspectos de la vida de Cicerón de sobra conocidos y remite a algunas de las muchas biografías publicadas hasta la fecha, que repasa y valora en la nota 4 (práctica habitual a lo largo de este trabajo, enriquecido por notas bibliográficas de gran utilidad). En las páginas siguientes, su análisis recae sobre «el proyecto filosófico» de Cicerón, que tiene el mérito de hacer de puente entre el pensamiento griego y la realidad romana y, por ende, el mundo occidental. Pero, con ser esa función importante, su contribución no se limitó a la de mero transmisor, pues su obra nos lo descubre como el creador de una nueva lengua latina, apta para la expresión de lo abstracto.

En consonancia con su formación erudita y su periplo vital, Cicerón siempre estuvo cercano a los planteamientos de la Academia (para él, Platón era el Homero de los filósofos), mantuvo contactos con el estoicismo (del que valoraba su concepción de la justicia y de las leyes, así como sus ansias de libertad, pero del que criticaba su intransigencia) y rechazó las tesis epicúreas, que eran las preferidas por algunos próximos a César. Ese bagaje intelectual sitúa su pensamiento filosófico en las coordenadas del eclecticismo, con el que posiblemente intentaba dar respuesta a las tribulaciones del ciudadano romano, inmerso, como él, en una situación convulsa. De hecho, Cicerón viró hacia la Filosofía en dos momentos muy concretos (p.33): [i] durante el Primer Triunvirato y [ii] durante la dictadura de César. En aquella época de indefinición, la Filosofía se convirtió en una auténtica medicina y la transmisión de sus saberes, en una obligación cívica. Esa forma de proceder encuentra una fácil explicación en el devenir de la historia, pues es frecuente que el intelectual, lejos del campo de batalla, se imagine como salvador de su patria y como guía espiritual de sus conciudadanos: ésa es su función más noble, la de intentar enseñar y modificar, de paso, los comportamientos y, a ser posible, el curso de los hechos. En definitiva, los héroes modernos, cuando las circunstancias son poco propicias para los alardes épicos, han de ejercitarse en esa milicia más intelectual y persuasiva.

Fruto de ese esfuerzo intelectual son estas *Tusculanas*, compuestas en 45 a.C., a cuyo estudio se dedica el tercer capítulo de la introducción. Centrado ya en esta obra, López Fonseca va desgranando aquellos aspectos que más interés han suscitado entre los críticos: su título y fecha de composición (aduce los datos que permiten fechar las

conversaciones que dieron origen a este tratado entre el 20 de julio y el 5 de agosto del 45 a.C.); su adscripción genérica (diálogo, diatriba, doxografía, etc.), o su unidad estructural: ¿forman los cinco libros un todo, susceptible de ser leído como un manual o vademécum «para la meditación contra los accidentes y avatares de la vida humana, al tiempo que una esperanza más allá de la muerte» (p.51)?, o ¿son, por el contrario, cinco diálogos independientes, cada uno con su propio prólogo, cuya unidad radica en el hecho de que todos ellos se desarrollaron en la villa que Cicerón poseía en Túscolo? Los problemas quedan planteados; de ahí en adelante, será el lector el que extraiga sus propias conclusiones, pues así se pretende en un prólogo prudente y ponderado.

Está claro que cada época actualiza a los clásicos de acuerdo con sus particulares intereses y el grado de conocimiento que de ellos se tiene. En este caso concreto, el propio López Fonseca descubre sus cartas y muestra sus aspiraciones como traductor: acercar la obra a través de una traducción que no lo parezca, por lo que se han eliminado las notas superfluas y sólo se han mantenido aquellas que informan sobre los pasajes literarios que Cicerón incorpora a su diálogo (recurso que se adivina como una de las claves poéticas de la obra); además, por si alguno espoleado por la lectura quisiera más información, se han añadido una bibliografía actualizada y selecta, un cuadro cronológico con los hechos más importantes entre el 106 y el 43 a.C. y un completo índice de nombres propios. Todos estos ingredientes me llevan a otorgar la mejor de las calificaciones a una traducción que, en verdad, no lo parece.

Teresa JIMÉNEZ CALVENTE  
Universidad de Alcalá

Javier DEL HOYO - José Miguel GARCÍA RUIZ, *Higino. Fábulas*, Introducción y traducción de Javier del Hoyo y José Miguel García Ruiz, notas e índices de Javier del Hoyo, Madrid, Editorial Gredos, 2009, 411 pp.

Las *Fábulas* de Higino pueden ser consideradas una de las principales enciclopedias mitológicas de la Antigüedad, comparable en cuanto a su difusión a la *Biblioteca* de Apolodoro o a las *Metamorfosis* de Ovidio. Este hecho justifica que en los últimos decenios dicha obra haya sido traducida al castellano en varias ocasiones, aunque con desigual fortuna. He aquí una sucinta relación de dicha nómina de traductores: Santiago Rubio Ferraz (Madrid, ed. Coloquio, 1987, reeditada diez años más tarde en Madrid, Ediciones Clásicas, 1997); Guadalupe Morcillo Expósito (Madrid, ed. Akal, 2008); Francisco Miguel del Rincón Sánchez (Madrid, ed. Alianza, 2009); y, finalmente, Javier del Hoyo y José Miguel García Ruiz (Madrid, Gredos, 2009).

De estas cuatro traducciones la primera de ellas es la que presenta más deficiencias tanto en lo que hace a la fidelidad con el texto original como a la disposición del material, en particular, la disposición por momentos poco rigurosa de los índices finales, complemento vital para una eficaz consulta y una cabal comprensión del texto en algunos pasajes. Por el contrario, en la mencionada en último lugar encontramos una versión/interpretación donde los autores han intentado ir más allá de las fórmu-